

PRESENTE Y FUTURO EN LA EDUCACIÓN SOCIAL “INTERVENCIÓN DEL EDUCADOR SOCIAL EN FAMILIA CON NECESIDADES ESPECIALES”

Constancio Mínguez Álvarez *Málaga*

1. INTRODUCCIÓN

Un Congreso estatal sobre el “Educador Social” puede al menos servir para desarrollar dos funciones positivas: ser punto de encuentro y canal de intercambio de los resultados obtenidos en líneas de investigación muy mediatizadas y en periodo de desarrollo entre quienes estamos interesados en esta parcela de la educación. La incorporación de la Diplomatura en Educación Social a la Universidad genera un caldo de cultivo importante para que desde investigaciones serenas y profundas se logre, por una parte superar recelos entre el mundo profesional y el mundo universitario y al mismo tiempo una delimitación y profundización en el perfil profesional y curriculum de formación del Educador Social, que arrope los contenidos, objeto de estudio, como disciplinas académicas en la Universidad. El Congreso es una buena oportunidad para elaborar auténticas comunicaciones y de este modo compartir los trabajos realizados en nuestros respectivos campos.

La temática propuesta para el Congreso: “El Educador Social. Presente y futuro en la Educación Social” nos sitúa ante el reto de dar respuesta a los objetivos propuestos, como es el hecho de ponerse de acuerdo en quienes pertenecen al grupo del “Educadores Sociales” sin caer en rígidos corporativismos, qué dificultades conlleva la profesión de Educador Social, análisis de los diferentes tipos de intervención y qué alternativas se consideran válidas en orden a la formación de los nuevos profesionales. No obstante, esta misma dificultad puede servir de estímulo, pues la Educación Social en su mayoría de edad ha de situarse en el panorama de una realidad amplia que incluye puntos de vista que se están consolidando y en plena efervescencia. De unos años a esta parte son frecuentes artículos donde se exponen diversas tendencias sobre la evolución, problemática y formación del Educador Especializado y actualmente del Educador Social. Desde esta hipótesis de trabajo elaboro la presente Comunicación.

Justificación del tema

Muchas familias se sienten muy impotentes para reaccionar ante la presencia de necesidades especiales. En ese momento difícil la presencia del Especialista, como receptor y orientador ante el cuestionamiento de la situación necesita ser clarificador. Para poder realmente ayudar a superar situaciones deficitarias de modo consistente al aproximarse al mundo de una familia con necesidades especiales no basta con imponer una serie de normas de lo que se deba hacer. Se trata de acercarse al problema para descubrir pautas de comportamiento, que permitan aprender a convivir solidariamente y de modo constructivo, asumiendo las diferencias personales por causas diversas. Creo que es extensible al funcionamiento de las familias con necesidades especiales lo que Spitz dice respecto al desarrollo de la personalidad infantil: la importancia de los acontecimientos traumatizantes aislados es débil y excepcional, por el contrario el clima afectivo en el que se crece es en la práctica mucho más determinante que los choques ocasionales que pueda recibir. Lo que traumatiza no es tanto un dato como un clima.

Desde la perspectiva del Área de Teoría e Historia de la Educación considero necesario el análisis de las funciones atribuidas a la familia como factor de socialización y factor de riesgo en el desarrollo familiar y posible intervención social. El análisis de los procesos de socialización y sus efectos en la personalidad y ajuste del niño y adolescente ha sido una preocupación constante en los psicólogos sociales. Estudios recientes sobre las dimensiones de la socialización familiar, estilos educativos y transmisión de valores resaltan las prácticas de socialización y su interpretación

en función del esquema cultural dominante. Si la socialización es el eje de la vida familiar, la labor del Educador Social con las familias no puede quedarse mediatizado por actuaciones puntuales y ha de tener presente una perspectiva global, sirviendo de estímulo y de filtro para encontrar estrategias de intervención, capaces de afrontar satisfactoriamente las necesidades especiales. Un camino adecuado es ayudar a clarificar y cambiar la mentalidad familiar en consonancia con la jerarquía de valores asumida.

2. FUNCIONES ATRIBUIDAS A LA FAMILIA Y ESTILO DE SER PADRES

Partimos del hecho de que hay distintos modos de entender la vida de familia. Cuando se quiere hacer una síntesis, se agrupan en el modelo conocido como familia “tradicional” y el modelo de familia “moderna”. Si bien es cierto que en la práctica es discutible reducir a estos dos modelos las distintas formas de entender la vida de familia.

Las investigaciones tradicionales sobre la familia y su relación con los hijos se han centrado en modelos que partían de una relación diádica y unidireccional. En estos modelos el énfasis se pone en la interacción madre-hijo y en la consideración vertical de esa interacción. En este caso la investigación sobre la familia se reduce al papel de la madre y su influencia sobre el hijo. El análisis se hace como si el niño fuera un “objeto vacío”, que hay que llenar de contenido. Actualmente es admitido por todos que los modelos unidireccionales y de organismo vacío deben ser sustituidos por otros modelos más complejos. Hoy nadie duda de que el niño aporta interacción. Como evidencia de esta interacción basta con darse cuenta de lo que cambia toda la estructura familiar en cuanto nace una criatura, máxime si ya desde su nacimiento está acompañado de dificultades especiales. Quien no esté convencido de ello que se lo pregunte a los matrimonios, que tienen un niño de pocos meses. El niño es un organismo activo, dotado de características específicas y agente de interacciones, además de ser receptor de las que sobre él se ejercen. El niño moldea a su entorno y no se limita a ser moldeado por él. Bien es cierto, que entre el padre y el hijo hay una relación asimétrica en cuanto que es mayor la probabilidad de influencia del adulto sobre el niño y no a la inversa. Los modelos puramente diádicos, centrados únicamente en la figura de la madre, han sido cambiados por otros donde la figura del padre, los hermanos y el resto de la constelación familiar han de ser tenidos en cuenta.

En el concepto actual de familia hay dos rasgos diferenciadores: es un “sistema complejo de interacciones” y es un “contexto de desarrollo”, relacionado con otros contextos. Estos otros contextos son tanto aquellos en los que están implicados padres e hijos en la organización de la vida cotidiana como aquellos en los que los niños crecen, moldeando su presente y su futuro. Del análisis de estas variables se puede encontrar respuesta a cómo influye la familia no sólo en la transmisión biológica sino en el conjunto de respuestas necesarias para una vida satisfactoria...

Las investigaciones actuales prestan más atención a los escenarios donde se lleva a cabo la actividad de la familia y del niño. Se estudian los contextos, ya que la familia le configura de acuerdo con las variables culturales y sociales, que inciden sobre ellos. Se entiende la familia como una creación cultural, fuertemente condicionada por el tipo de economía imperante. A la hora de querer buscar alternativas a los problemas existentes, las variables socio-económicas reciben una atención muy especial como factor determinante en la forma de ser padres y relacionarse con los hijos. Dentro de estas variables socioeconómicas se incluyen los aspectos entendidos como propiamente cultura, es decir, la cosmovisión o estilo de entender la vida. De ahí que cualquier análisis sobre la familia y sus funciones está vinculado a las variables culturales. Muchas veces el drama personal viene de la ruptura cultural existente en los individuos entre lo que vivieron cuando eran menores y su presente vital de cómo ser padres. Está en juego una evolución en su mentalidad y difícilmente puede resolverlo por sí sólo. En esos momentos la participación de los Educadores Sociales desde un enfoque crítico ayuda a las familias a plantearse de modo adecuado la solución

del problema y permite ir identificando con más precisión el perfil profesional de los educadores en las situaciones de trabajo y reflexión .

El estilo de ser padres se refleja tanto en la forma de organizar una familia como en la atención, que prestan a sus hijos. Su forma de intervenir viene marcada por la idea de cómo conciben su papel y sus expectativas respecto al desarrollo, educación y futuro de sus hijos. Los padres difieren unos de otros en sus expectativas respecto a los hijos tanto en lo que consideran que son capaces de aprender como de lo que son capaces de hacer en la vida social. En las investigaciones al respecto se comprueba que estos conjuntos de ideas y expectativas, que los padres tienen sobre sus hijos respecto a su futuro y educación tienen una coherencia interna. Mientras hay padres, que tienen tendencia a ser excesivamente optimistas sobre las posibilidades de desarrollo de sus hijos, por el contrario hay otros, que son muy pesimistas, pensando que sus hijos no logran crecer suficientemente y que no son capaces de ser autónomos. Los pesimistas potencian ideas muy deficitarias y coercitivas, obsesionados con los peligros y deficiencias de sus hijos, por el contrario, los optimistas resaltan más la capacidad de sus hijos y como consecuencia son facilitadores de libertad y confían en la plena capacidad de sus hijos para superar las dificultades. Lo dicho hasta ahora es aplicable a todos los padres como norma general. Estas posturas ante las posibilidades de los hijos se radicalizan cuando alguna circunstancia especial impide el normal desarrollo. Entonces posiblemente esta tendencia al pesimismo o al optimismo excesivo no sólo responden a unas ideas educativas prefijadas sino que se traducen en comportamientos extremos exagerando la forma de relacionarse con sus hijos en edad juvenil.

Sin querer buscar un equilibrio sino siendo descriptores de la realidad es bueno situarse en una posición intermedia o intermitente en el sentido de tomar de ambas posiciones. En la práctica lo que hagan los hijos está muy mediatizado por las expectativas creadas por los padres respecto a sus posibilidades de crecimiento y autonomía, aunque estén condicionados por unas dificultades. La integración de contrarios puede ser un recurso facilitador. Se trata de creer en la persona concreta siendo conscientes de la limitación de la vida pero intentando mejorarla.

La necesidad de resolver el problema está ahí, pero cómo se aproxime al análisis del problema la familia será fundamental para no quedarse "fijada" en la existencia de la dificultad y no permitirse ver los aspectos posibilistas y facilitadores. Ni una reacción de reproche o de huida solucionan algo. Cuando la presencia de la dificultad del joven se la acepta como tal, sin negarla ni agrandarla sino en su justa medida entonces se da una respuesta realista. Para ello es importante que los padres sean conscientes tanto de las limitaciones como de las potencialidades de sus hijos, planteándose metas concretas y no perdiendo las posibilidades concretas de cada uno. Es necesario pasar de unas ideas sueltas a unos proyectos coherentes. Es más fácil decir lo que no me gusta que acertar a expresar lo conveniente y posible. No podemos quedarnos en un lamento. Tanto los jóvenes con déficits físicos o psíquicos como los jóvenes que proceden de ambientes socioculturales deficitarios necesitan una ayuda desde la posibilidad. Todos ellos son las primeras víctimas de una sociedad marginadora. La respuesta del mundo de los adultos no puede quedarse ni en el rechazo ni en un paternalismo tranquilizador sino en un cuestionamiento serio para encontrar respuestas solidarias.

En esa perspectiva es donde ha de situarse la participación del Educador Social. En nuestra sociedad surgen necesidades nuevas, que para su satisfacción demandan nuevos cauces capaces de responder a tales necesidades. Uno de estos cauces es el ámbito de la educación social. Cada vez son más las familias que se encuentran con graves problemas en las relaciones, de modo especial a los miembros más débiles como son la mujer y los niños y requieren una ayuda especial. La sociedad intenta responder a las necesidades de las familias desde varias instancias, como es dictando leyes de protección familiar, pero la intervención propiamente dicha tiene tres posibles formas: suscitando aprendizajes, ofreciendo unos refuerzos y estableciendo unas modificaciones en las familias. Proporcionar a la familia los aprendizajes que necesita en muchas ocasiones es el mejor recurso para superar las necesidades especiales. Les Escuelas de padres pueden ser un buen

recurso. Pero cuando el problema familiar proviene de la carencia de algún elemento existe el peligro de producirse un retroceso si no se aportan los refuerzos oportunos. Hay una tercera forma de intervención que consiste en la modificación de los elementos familiares perturbadores, como son los prejuicios, actitudes o comportamientos negativos. Es en este modo de intervención donde la labor del Educador Social puede ser de suma importancia. Una visión realista de la situación nos lleva a afirmar que es necesario seguir buscando un perfil más claro del Educador Social como partícipe de la educación familiar.

3. FAMILIA Y DESARROLLO AFECTIVO DE LOS JÓVENES ESPECIALES

Lo que sucede en el interior de una familia son muchas cosas y de muy distinta naturaleza. De todo ello lo más importante es la forma de relacionarse, pues marca a todos de modo taxativo. Es decir, imprime carácter en el estilo de vida de todos sus miembros. Estas relaciones se dan en un determinado escenario donde cada personaje tiene un papel. Los contextos familiares positivos favorecen un equilibrio entre la riqueza y variedad de estímulos a través de las experiencias tenidas en la vida cotidiana. De igual modo las posturas rígidas y restrictivas empobrecen el desarrollo infantil. El escenario es importante, pero más importante son las interacciones que en su interior se desarrollan. En última instancia son las interacciones del niño con el entorno familiar lo que más incide en su personalidad.

La primera necesidad afectiva es el vínculo de relaciones de grupo de apego, que es la familia. Su ausencia produce depresión, sensación de abandono. La familia constituye el grupo primario de encuentro y comunicación, que estructura los sistemas de percepción social y personal. Son los modelos de referencia gracias a las figuras significativas del sistema familiar. La vida afectiva de los jóvenes no es un fenómeno psicológico aislado sino que es parte de toda su globalidad personal y se expresa a cada instante, siendo el motor de su comportamiento. Tiene formas diversas de manifestarse, pero en todo momento es su fuerza dinamizadora. Cuando decimos que es fuerza dinamizadora no queremos decir que siempre tenga un resultado bueno, pues interviene bien ayudando a que su actividad sea facilitadora bien haciendo dificultosa la relación, bloqueándola. La afectividad es un arma de doble filo, siendo sus resultados positivos o negativos, pero que nunca se pueden obviar. Su buen funcionamiento normaliza más el campo de la consciencia y de todo el comportamiento humano en general. Detrás de muchos rigorismos tanto de los adultos como de los jóvenes se encubre una dificultad en el desarrollo afectivo personal.

La sociabilidad es una de las formas básicas de expresar la afectividad humana. El niño en una primera etapa se relaciona con un número muy reducido de personas, y a medida que se socializa, se introduce en una red más compleja, teniendo como referencia la propia familia. Tanto los rechazos como las permisividades superprotectoras pueden despistar al joven e impedirle tomar conciencia de la necesidad de su propia autonomía.

Esta capacidad de ser modelo de referencia hace que en la familia pueda ser ambivalente su función: cuando es positiva es factor de socialización, mientras que cuando es privativa es factor de riesgo. Un desajuste en esta fase puede llevar a lo que se denomina como neurosis juveniles: 1º) de rebelión (perseverancia en la obstinación y tendencia al salvajismo e indisciplina); 2º) de aislamiento (huida de la realidad acogiéndose al mundo de la fantasía) y 3º) de regresión en el desarrollo (vuelta a etapas infantiles y una falta de iniciativa enfermiza)

Actualmente estos desajustes llevan a evasiones tan graves como el refugiarse en el mundo de la droga y del alcohol. No desarrollo la dependencia de la droga, pues da para una comunicación, pero sí que quiero apuntar al dañino servicio del alcohol. En un trabajo sobre "Los adolescentes y el alcohol" ya en 1985 nos señalaba que un 10% de la población española dependía de la droga del alcohol. Esta cifra en España siempre ha sido alta, pero ahora se agrava con el hecho de la aparición de bebedores cada vez más jóvenes. Al analizar las causas se percibe que en muchos

casos es habitual por influencias familiares o por problemas personales. En una encuesta publicada en 1982 un 29% de la población defendía que la falta de empleo en la juventud llevaba al consumo de drogas, al alcoholismo, delincuencia y violencia. Estoy seguro de que actualmente el problema se ha agravado aún más. La “litrona” es como un inmenso biberón que de una boca a otro proporciona placer a los “niños” que se juntan para compartirla. Debajo del consumo de alcohol hay problemas profundos ante los que no podemos quedarnos simplemente lamentándonos.

Si analizamos la forma de actuar de muchos de estos jóvenes, vemos que son coherentes con las circunstancias vividas en su entorno familiar. Desde mi experiencia con niñas, provenientes del Tribunal Tutelar de Menores observo que lo que pudiera entenderse como conductas inadaptadas son respuestas coherentes para defenderse de sus modelos de referencia negativos o al menos contradictorios.

Pero sin llegar a situaciones límites observamos serias dificultades en muchas familiar para encauzar la educación de sus hijos. Como exponentes de esta problemática pueden servir dos:

a). Una es la cuestión de la permisividad-restrictividad, fundamentalmente referido al control del niño desde la perspectiva del adulto. El grado de control está relacionado con el nivel según el cual los padres establecen y mantienen claras las exigencias, o bien por el contrario, permiten las argucias y resistencias de los niños para conseguir siempre hacer lo que les apetece, reforzando un despotismo desde el hijo. En un pulso entre el niño y el padre, fácilmente gana el niño, pues él sólo tiene que luchar por conseguirlo, mientras que el padre tiene al mismo tiempo otras muchas preocupaciones. No se trata de echarse un pulso sino de algo diferente donde se aprenda a respetar desde el convencimiento y no desde el chantaje o agotamiento mutuo. El problema del control va unido al de las restricciones. La existencia de controles no debe identificarse con el autoritarismo educativo y la educación restrictiva. El autoritarismo implica imposición arbitraria de controles, preocupado más por la obediencia que por el crecimiento. En el extremo opuesto está la ausencia de todo control o el acudir a normas, que constantemente se cambian para adaptarlas al capricho momentáneo del niño. Suele acabar siendo otra forma de autoritarismo, aunque en este caso del menor. Puede parecer una cuestión teóricamente fácil de resolver, pero en la práctica resulta bastante difícil y muchos padres en esos momentos necesitan de la orientación del especialista, bien a través de la escuelas de padres bien desde otros modos de participación, donde se configuren teorías coherentes para intervenir en la práctica cotidiana.

Uno de los momentos significativos en esta polémica para muchos padres es cuando tienen que negociar a qué hora ha de volver el adolescente a casa. Más allá de las teorías ideales o radicales puede llegarse al mundo posible donde desde otras alternativas se establezcan unas normas adecuándose a las distintas circunstancias. Lograr una respuesta posibilista y satisfactoria puede ser válido.

b). Otro aspecto esencial en la relación del Menor con la familia es la dimensión afecto-hostilidad: está relacionado con el tema del cariño. Puede entenderse como posesión o bien como expresión de la individualidad. La forma de vivirlo marca la personalidad. Es importante resaltar que los distintos patrones de crianza repercuten profundamente en los diversos rasgos de la personalidad sobre todo en el ámbito de la autoestima personal. La capacidad no sólo en el rendimiento académico sino en su modo de afrontar la vida social y personal está directamente condicionada por el nivel de la autoestima que el niño tiene sobre sí. Muchas veces el mejor recurso, que unos padres pueden dar a su hijo, es que tenga una estima adecuada de sí. La hiper e hipovaloración de sí y sobre todo ésta hacen más daño que los elementos exteriores.

La Educación Social dentro de sus contenidos encierra la problemática de los inadaptados sociales, vistos bien desde la perspectiva de la marginación, bien como ayuda a discapacitados. La atención social a personas disminuidas psíquicas y deficientes mentales o la rehabilitación de los disminuidos físicos o sensoriales, así como el desarrollo de la integración escolar de estos sujetos son objeto de su análisis. Actualmente ocupa un capítulo fundamental el tema de la drogodependencia en el ámbito escolar y la colaboración de la familia.

4. PROBLEMÁTICA FAMILIAR EN NUESTRA SOCIEDAD

Los cambios socioestructurales de las sociedades actuales avanzadas impulsan algunas transformaciones significativas, que afectan a los elementos básicos de la familia en su vinculación con el menor y con el resto de sus miembros. El sentimiento de cierta incompatibilidad entre fecundidad y simple cohabitación ha perdido fuerza entre la mayoría de los jóvenes. El matrimonio no constituye el umbral necesario para la vida común y para la fecundidad. En un estudio sobre la familia en Europa se constata un movimiento general de “desinstitucionalización” de la familia, pero ello no significa una ausencia de normas sino la presencia de nuevos reguladores como son unos modelos colectivos de facto que brindan un margen de libertad bastante amplio. Esta práctica entra en conflicto con la mentalidad familiar para muchas personas. En muchas familias actuales los padres biológicos no son los que coinciden juntos a la hora de educar a los hijos, ya que al estar divorciados o separados no llevan una labor conjunta en la educación de sus hijos. En ocasiones incluso se utiliza como arma arrojadiza mutuamente el cuidado de los hijos. El papel de los padres se ha alterado además por el trabajo de la mujer fuera del hogar y por los cambios en las teorías educativas, procurando unas veces conceder lo que a ellos no les dieron, es decir, cayendo en una total permisividad, y en otras ocasiones en la práctica siendo reproductores de los modelos recibidos, es decir, manteniendo comportamientos intolerantes, aunque a nivel de discurso quieran ampararse en la defensa de una mentalidad abierta. Muchos padres no saben qué decir a sus hijos, siendo víctimas de actitudes contradictorias. Hay un vacío que no se sabe cómo llenar.

Los cambios en la situación familiar de hecho demandan una evolución en las actitudes personales y sociales para poder resolver la fragilidad de la familia y encontrar alternativas a la familia con necesidades especiales, asumiendo que algunos cambios conllevan dificultades hoy por hoy no superables como es el caso de la situación económica. El estado de carencia, ordinariamente tanto emocional como material, repercute no sólo en la manera de pensar sino sobre todo en la práctica de familia. La intervención del especialista en estos momentos como espejo que ayuda a orientarse tiene una función educativa muy positiva.

Un momento delicado en muchas familias se crea ante la realidad de la ruptura familiar. Pues que una pareja se separe es considerado actualmente como una eventualidad siempre posible y en muchas ocasiones como la solución más aceptable en caso de crisis. Pero el hecho de que la organización social de nuestros días gire en torno a la “familia nuclear”, la necesidad de tener que estar adaptándose a situaciones en constante cambio, así como la liberación de las costumbres exigen algo más que una simple Ley de Divorcio. Requiere un replanteamiento de la estructura familiar a corto y largo plazo. No perdamos de vista el hecho de que en la clasificación de las familias, se considera como un rasgo de ser incompleta el que no viva bajo el mismo techo uno de los progenitores .

Desde nuestra perspectiva, la familia constituye un sistema abierto en continua transformación, sometido a los cambios y las crisis sociales. Esto implica que ha de reestructurarse a medida que transcurre el tiempo. El divorcio supone una ruptura en la continuidad de la vida familiar, provocando un desequilibrio emocional a todos sus componentes, aunque sea una solución a los conflictos de pareja. La nueva situación creada requiere analizar las modalidades de reacción ante este evento y las posibles variables influyentes en la evolución del niño. El uso de la mediación como estrategia para resolver conflictos interpersonales en las relaciones de pareja es reciente, pero parece un buen método para resolver las disputas planteadas en la separación y el divorcio. La mediación no pretende cambiar la decisión de la ruptura, pero da la oportunidad a la pareja de hacerlo de forma menos conflictiva .

Se pretende controlar el conflicto dependiente de tres variables: la situación emocional de los que rompen, el impacto de la ruptura en los hijos y el procedimiento legal, evitando en lo posible el procedimiento contencioso. La eficacia de la mediación depende de las reaccio-

nes de la pareja, que no siempre se suceden de igual modo. Intervienen una serie de variables tales como:

a). La madurez de los padres para asumir el conflicto con serenidad-sinceridad, circunscribiendo el tema a la pareja y respetando los intereses del niño. La reacción psicológica en el niño es distinta de acuerdo con la reacción paterna. Hay niños que mejoran su estado anímico y dicen a sus progenitores: ¡así estamos mejor!.

b). Influye también la personalidad del niño. Hay niños con tendencia a vivir de modo traumático todo y como consecuencia la separación de los padres les provoca grandes trastornos, mientras que para otros niños, aunque al principio lo viven de modo bastante contradictorio, pues se sienten queridos por ambos padres, pero no saben cómo reaccionar ante cada uno de ellos, sin embargo acaban encajando la nueva situación.

c). Interviene también la edad del niño: cuanto más pequeños suele ser más traumático. Entre el periodo de latencia y la pubertad (6-11 años) el niño es más capaz de compensar la frustración generada por la ruptura familiar.

d). El nivel socioeconómico familiar es otra variable a tener muy en cuenta. Con la ruptura en la mayoría de los casos se produce un peor nivel económico para la familia. La falta de ingresos va asociada a una doble carencia, pues el niño pierde la presencia del padre en la casa y a la vez la presencia de la madre es menor, dado que tiene que pasar el tiempo fuera de casa trabajando.

La existencia de este ajuste económico y la presencia de otra serie de dificultades en muchas ocasiones requieren plantearse un abordaje preventivo de los efectos negativos:

- En el sentido de que garantice la calidad de vida de los hijos, ayudándoles a hacer frente a sus sentimientos,
- Se desarrollen sistemas comunitarios de apoyo alternativo,
- Educar a los padres de forma que afronten una responsabilidad nueva,
- Contextos positivos donde el niño pueda sentirse bien.

Estos aspectos indicados y otros más pueden servir como punto de partida para situar el problema, que afecta a los dos padres y los hijos, al encuentro de una solución por encima de cuestiones ideológicas desde las que se quiera atacar o defender la situación. Se trata de una realidad, quizás la menos mala, pero traumática para todos y hay que aprender a superarla y salir reforzados positivamente. Buscar una salida positiva es una tarea necesaria, que requiere solidaridad y creatividad para encontrar soluciones eficaces y reales. En este momento la mediación del Especialista, bien orientando hacia asesores cualificados bien interviniendo en la medida de lo posible, puede ser muy positivo para la familia, que necesita resolver una dificultad especial.

5. LA FAMILIA Y LOS MENORES CON NECESIDADES EDUCATIVAS ESPECIALES

En este apartado hago referencia a dos situaciones donde la intervención de la familia ante el niño con necesidades especiales puede potenciar u obstaculizar la capacidad de autonomía personal: enfermedades biológicas y carencias emocionales o mentales.

La intervención de la familia ante los síntomas psicósomáticos del niño condiciona su reacción habitual, influyendo de modo determinante en su personalidad, impidiendo una vida más autónoma, que debe ser el objetivo de su socialización. Tanto en el caso de alergias como de cualquier otra atención especial deben controlarse ciertos riesgos para no resaltar las dificultades sino acercarse al comportamiento ordinario. Así hay que tenerlo presente ante niños con dificultades especiales, que no sólo están sometidos a limitaciones en sus capacidades sino que sufren frecuentes enfermedades, lo que les impide mantener un ritmo normal en su escolarización y relación social con los compañeros. Se pasan parte del tiempo enfermos sin acudir al grupo. En trabajos terapéuticos y de investigación realizados con familias de pacientes con perturbaciones psicósomáticas, se verifica que el síntoma psicósomático adquiere las características de una comuni-

cación coherente con las modalidades y reglas de la red comunicacional en la que aparece. Es más, tiende a perpetuarse. Es decir, el síntoma recompone, sintetiza el sentido comunicativo del contexto de comunicación y de relación en el que aparece, asumiendo sus características y sus reglas. Dicho de modo más claro, muchos problemas biológicos del niño se solucionan desde la integración familiar.

De igual modo en el desarrollo del aprendizaje infantil y en la superación de las dificultades escolares, como norma general, puede afirmarse que la evolución y mejora de la atención educativa de los alumnos con necesidades especiales está mediatizada por la intervención de la familia con la escuela. De acuerdo con los resultados de diversos estudios se observa que la implicación de los padres en el proceso de enseñanza-aprendizaje de sus hijos parece que es una de las mejores vías para evitar el fracaso escolar de los alumnos en general, pero de modo más evidente de los alumnos con necesidades especiales. Para conseguir una adecuada integración de la familia con la escuela se requiere superar recelos mutuos y construir una nueva manera de pensar de la escuela referente a los padres y a la inversa. Se ha de facilitar el cambio en los modos de pensar y actuar con respecto a las necesidades educativas de sus alumnos y de sus hijos.

Como puede comprobarse en trabajos de evaluación de los procesos de integración escolar de los alumnos con necesidad especial la eficacia o fracaso de la política educativa sobre este tema está muy vinculada a la intervención familiar:

a). Si la familia interviene activamente en la integración escolar y participa en los aprendizajes, manteniendo un diálogo con la escuela, la experiencia demuestra que el progreso está asegurado por encima de las expectativas concretas.

b). La no intervención de la familia, la pasividad o el rechazo familiar con la escuela condiciona negativamente los aprendizajes escolares.

c). Las experiencias tanto de integración escolar como de educación en centros específicos demuestra una vinculación directa entre la intervención positiva de las asociaciones de padres en la escuela y la mejora de la atención educativa de los alumnos con necesidades especiales.

Toda la problemática de la relación de la escuela con la familia se ha de centrar más allá de las dificultades inmediatas de algunos alumnos y situarlo dentro de un contexto más global, es decir, la función de la escuela como factor de socialización del menor. En esto tiene que ver mucho la intervención de los padres en la escuela, pasando de unas ideas sueltas a unos proyectos coherentes. No basta quedarse en un lamento. Es necesario revisar la práctica para saber dónde se está y establecer prioridades de acuerdo con el criterio de máxima información y participación. El Educador Social como profesional comprometido con la realidad en que interviene, y como práctico reflexivo, ha de ayudar a encontrar un modelo para mejor abordar los problemas de la familia y encontrar alternativas adecuadas ante las necesidades especiales.

6. FORMACIÓN DEL EDUCADOR SOCIAL COMO EDUCADOR DE LA FAMILIA

Los Educadores Sociales para dar respuestas a las nuevas demandas sociales han de explicitar qué modelos de formación utilizan y qué tipo de concepciones guían su actuación. Es indispensable que haya estudios independientes y diversificados, planificados y realizados con un talante democrático donde se aprenda de los propios errores y se forme en consonancia con la actuación profesional, que se va a ejercer. Es para todos hoy evidente que los modelos no contrastados desde la práctica están llamados al fracaso, pero al mismo tiempo se ha de admitir que la práctica no es una realidad absoluta sino algo mejorable y que ha de estar sometida a constante cuestionamiento.

El Educador Social, como cualquier profesional o trabajador, siempre puede hacer más y mejor, pero ¿qué se resiente cuando se pasan unos límites?: la vida personal, el perfeccionamiento posible, el equilibrio psicológico y hasta su propia actividad profesional. El mismo hecho de organi-

zar este Congreso sobre el Educador Social como concreción del “presente y futuro en la Educación Social” puede servir como desafío a un camino a recorrer. Pues desde mi modesto entender, cuando se mantienen actitudes de recelo entre colectivos distintos que trabajan con el mundo de la marginación social, no será que nos falta una delimitación tanto conceptual como de la práctica profesional?

Las demandas de las reconversiones profesionales no pueden hacerse a costa de una mejora en la calidad profesional. Intensificación y diversificación profesionales reclaman inexorablemente la proliferación de especializaciones en tareas según los diferentes profesionales.

Si bien la profesión está definida por parámetros generales y se dirige a determinadas metas comunes, las variaciones entre los miembros que la ejercen pueden ser notables en su concreción. A la hora de concretar la función de los Educadores Sociales para muchos estamos ante algo difuso e interpretable, porque es una realidad construida política, institucional y subjetivamente. El Plan de estudios de la Diplomatura de Educación Social, atendiendo a la diversidad de los ámbitos de intervención de su actuación profesional ha de compaginar una conexión o globalidad de los diferentes campos y una especialización de acuerdo con la incorporación de las habilidades profesionales. Una de estas habilidades profesionales ha de ser cómo ayudar a los padres a ejercer su función socializadora.

El ámbito de las Escuelas de padres puede ser una alternativa no sólo para gestionar los problemas de la enseñanza sino para hacer posible tanto una adecuada renovación educativa como una reforma en la mentalidad familiar. En nuestra opinión la Escuela de padres debe tener entre sus objetivos prioritarios el superar ideas preconcebidas y establecer niveles de comunicación positivos. Desde esta perspectiva la tarea del Educador Social puede contribuir a un mejor entendimiento entre los padres y los profesionales de la educación de cara a evitar malosentendidos, intromisiones y conflictos.

En cuanto dinamizador de esta tarea es muy importante su calidad humana (maduro, cercano, con capacidad de observación y sensibilidad a la comunicación) y su capacitación técnica (dinámica de grupos, saber planificar y evaluar formas de comunicación).

Como estimulador y facilitador de la comunicación en el grupo ha de practicar moderación, corrección, prudencia y diplomacia.

En resumen, el Educador Social como agente educativo ha de tener en cuenta que la familia es un “contexto de contextos”, donde la clave está en ayudar a dar significado a los acontecimientos. En circunstancias normales los niveles de funcionamiento estarán dentro de los parámetros de normalidad, pero qué hacer cuando surgen necesidades especiales, que impiden e incapacitan el funcionamiento normal de la estructura familiar?. Es precisamente en ese contexto donde se requiere una ayuda especial para que la familia pueda al menos sobrevivir. Las nuevas dificultades sociales demandan apoyos nuevos y es en el ámbito de las nuevas alternativas donde tiene mucho que decir el Educador Social, no quedándose en meras reflexiones filosóficas de lo que se debería hacer sino pasando a la acción, configurando modelos operativos eficaces de mejora en la calidad de vida familiar, donde sea posible integrar las necesidades especiales.